



María Paula Parada Puin

Renaciendo en Silencio

Ilustraciones:
Mariana Valderrama González



**Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano**
Calle 61 N.º 7 - 69
Tel: 7455555, ext. 1516
Bogotá, Colombia

© 2025. Todos los derechos reservados.

Primera edición, diciembre de 2025

Renaciendo en silencio

ISBN: 978-628-7840-38-6

Autora

Maria Paula Parada Puin

Diseño e ilustración

Mariana Valderrama González

Editoras académicas

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Equipo editorial

Director editorial
Guillermo Alberto González Triana

Analista de producción editorial
Mónica Alejandra Quintana Rey

Correctora de estilo
Ana Milena Cortés

Parada Puin, María Paula.
Renaciendo en silencio / María Paula Parada Puin ; Mariana Valderrama González,
ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2025.
24 p. :il. col. 16x23 cm.

ISBN 978-628-7840-38-6

1. Cuentos cortos 2. Espiritualidad en la literatura 3. Enociones en la literatura 4.
Cuentos ilustrados I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tit.

SCDD 863.01 Co-BoIUP

*Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.*

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2025). *Renaciendo en silencio*. Editorial Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Compartir igual.



El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano pertenece a la ASEUC (Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia).

El proceso de gestión editorial y visibilidad de las publicaciones de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano se encuentra certificado bajo los estándares de la norma ISO 9001:2015, con el código de certificación ICONTEC SC-CER660310.



Siento la presencia de aquel hombre que conocí en el parque; su mano reposa suavemente sobre mi hombro y su rostro se ilumina con una cálida sonrisa, mientras juntos observamos mi cuerpo que permanece en la cama, en una posición relajada, como si todos los pesos que alguna vez cargué se hubieran desvanecido.



Era una mañana nublada. Desperté a las 6 a. m., como cualquier lunes, dispuesta a enfrentar otra semana en el último año del instituto, pero este día, en particular, algo dentro de mí se sentía diferente. Bajé a la cocina en busca de mi desayuno y encontré la habitual ausencia de mi madre. Ella trabajaba todo el día y por eso no permanecía en casa, o al menos eso decía. Desde el fallecimiento de mi padre, mi relación con ella no era la mejor, a tal punto de que pasaban semanas sin que cruzáramos palabra. Durante los últimos meses mi apetito había disminuido, así que solo tomé una manzana y salí a estudiar.



A lo largo de mis años en aquel lugar, había compartido risas y complicidades con Emma y Charlie —quienes solían ser mis mejores amigos— creando una tríada inseparable. Sin embargo, a medida que los problemas se adentraron en mi vida, esa conexión se fue desvaneciendo lentamente. Mientras caminaba por los pasillos del instituto, una sensación de invisibilidad me envolvía; parecía que nadie notaba mi presencia. La ausencia de mi padre y de amigos cercanos me dejaba un vacío profundo, y cada paso se convertía en un recordatorio doloroso de la soledad que envolvía mi existencia.

Antes de entrar al salón empecé a sentirme un poco mareada y con una sensación extraña en mi cuerpo. Cuando me senté, esa sensación se intensificó y, junto con el miedo, comenzaron a aparecer recuerdos desagradables en mi mente. La desesperación creció mientras mi corazón latía con fuerza, generando presión en el pecho. Todo dentro de mí estaba en caos; me sentía desconectada de todo lo que ocurría a mi alrededor. Sin pensarlo más, decidí salir del instituto y dirigirme a la farmacia más cercana. Buscaba desesperadamente algo que pusiera fin al tormento que me consumía. Entre las estanterías llenas de medicamentos compré unas pastillas que había considerado como una posible solución durante días. A pesar de haber llegado a este punto, algo en mi interior seguía resistiéndose a la idea de tomarlas.





Decidí buscar ayuda, alguien que estuviera a mi lado y que me dijera que todo estaría bien. Intenté hablar con Emma o Charlie, pero no tuve el coraje de acercarme a ellos. Después fui a casa en busca de mamá, pero no estaba. La llamé una y otra vez, pero no contestó el teléfono. Mis ojos se llenaban de lágrimas y sentía cómo mis manos sudaban y empezaban a temblar.



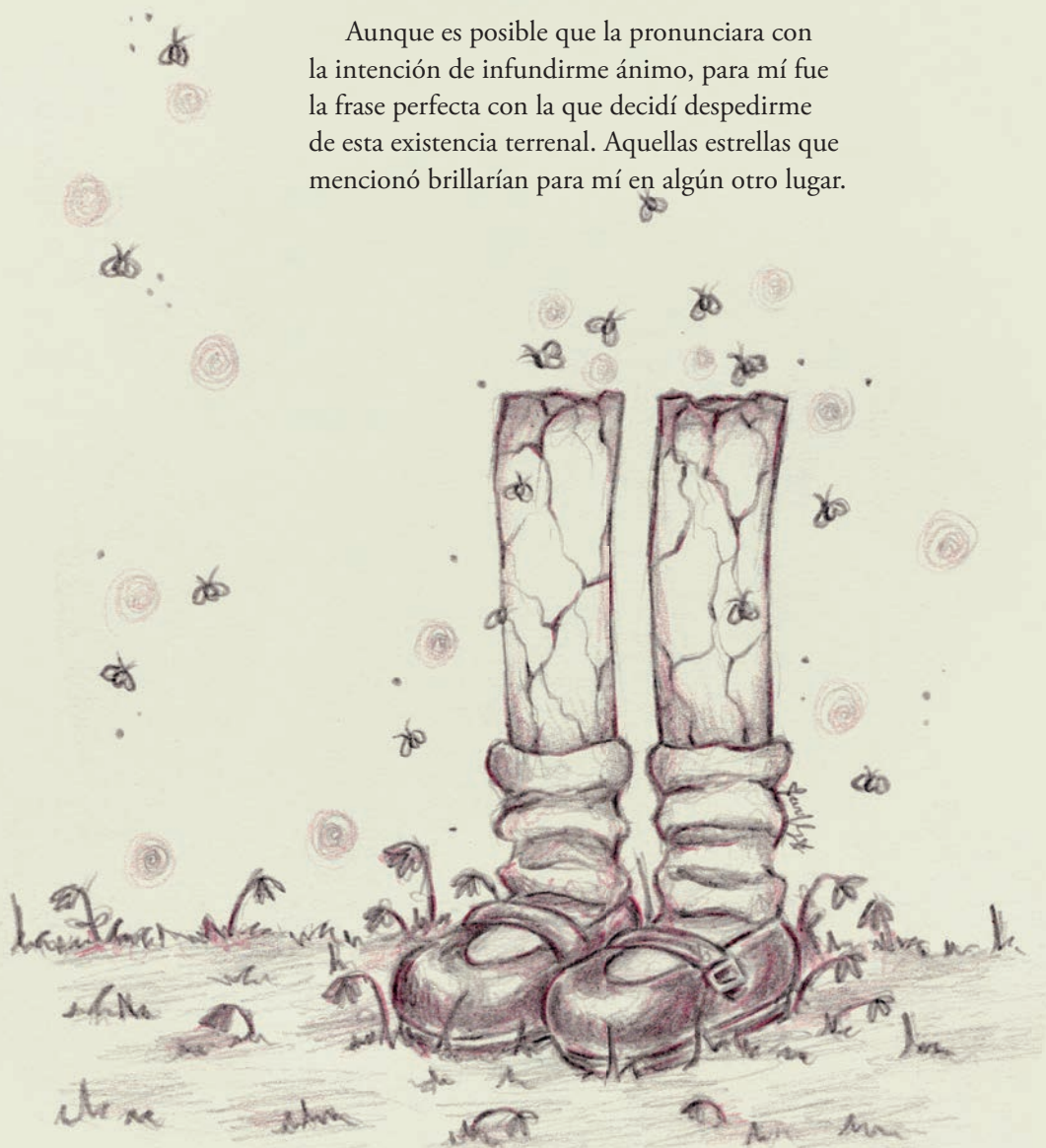
Desolada por completo y sin esperanza, me dirigí al parque en busca de calma. Ver a los niños jugar me transportaba a mi infancia, cuando mi padre solía llevarme allí. Era un tiempo en el que todo parecía estar bien, y solo anhelaba volver a esos momentos. Inmersa en mis propios pensamientos, un hombre de aspecto extraño, cuyo rostro apenas alcanzaba a distinguir, se sentó a mi lado. Sin saludarme ni presentarse, empezó a hablar. Aunque nuestra charla fue breve, sentí que necesitaba profundamente escuchar cada palabra. Su figura me resultaba familiar, como si lo conociera de algún lugar, y su voz resonaba en mi memoria.



De todas sus palabras, destaco especialmente la última frase que compartió conmigo:

“La vida, a pesar de sus sombras, es un lienzo en blanco que solo tú puedes pintar. Tus colores, tus trazos, son únicos y valiosos. No estás sola en esta oscuridad, porque incluso en la noche más profunda, las estrellas brillan para ti.”

Aunque es posible que la pronunciara con la intención de infundirme ánimo, para mí fue la frase perfecta con la que decidí despedirme de esta existencia terrenal. Aquellas estrellas que mencionó brillarían para mí en algún otro lugar.

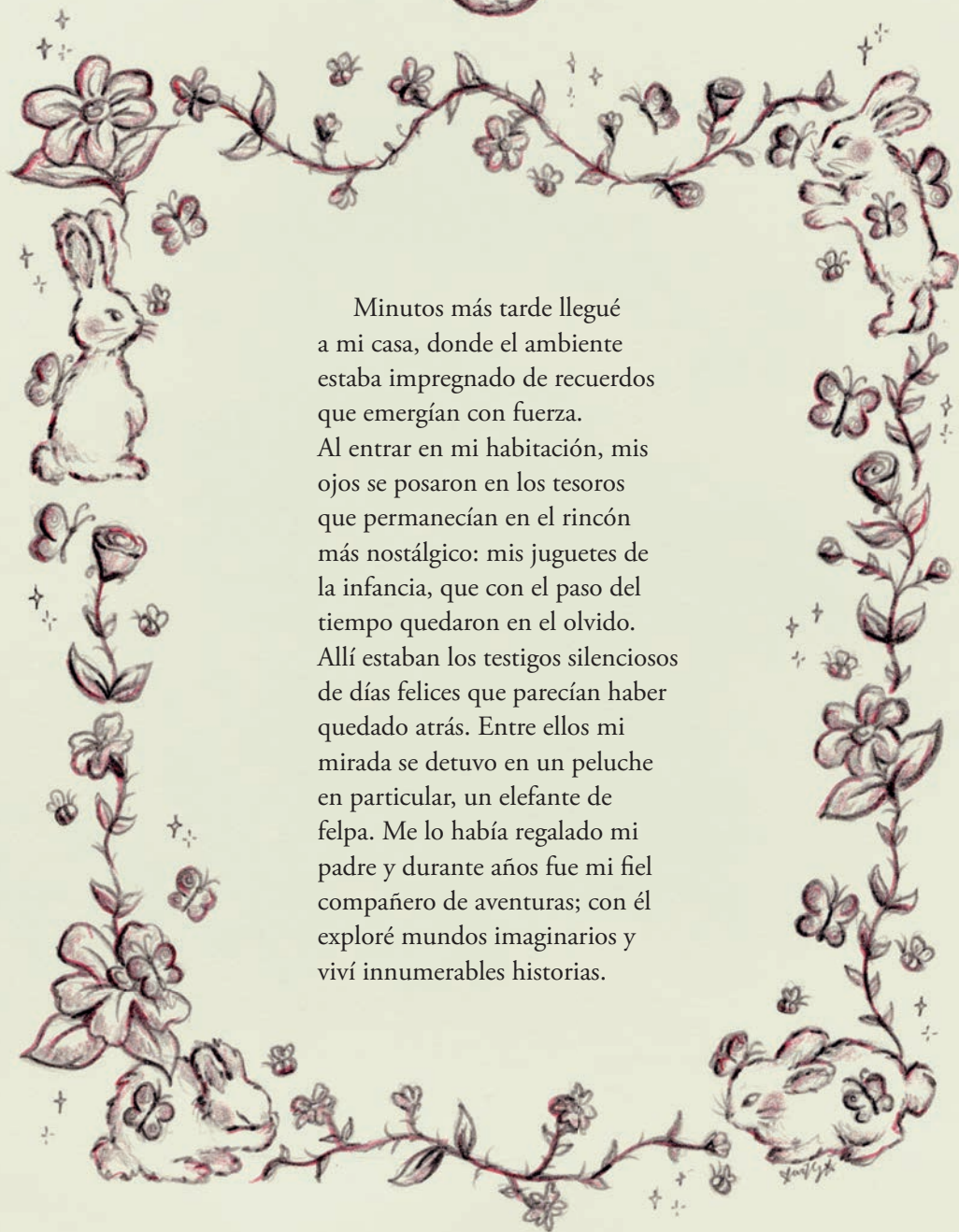


El hombre terminó de hablar y me miró directamente a los ojos, como si quisiera comunicarme algo más allá de las palabras. Cuando se levantó para marcharse, una brisa levantó el sombrero que llevaba puesto y pude notar un mechón blanco que resaltaba en su oscuro cabello. Solo había visto algo así en una persona; la rareza de aquel detalle me dejó perpleja.





Minutos más tarde llegué a mi casa, donde el ambiente estaba impregnado de recuerdos que emergían con fuerza. Al entrar en mi habitación, mis ojos se posaron en los tesoros que permanecían en el rincón más nostálgico: mis juguetes de la infancia, que con el paso del tiempo quedaron en el olvido. Allí estaban los testigos silenciosos de días felices que parecían haber quedado atrás. Entre ellos mi mirada se detuvo en un peluche en particular, un elefante de felpa. Me lo había regalado mi padre y durante años fue mi fiel compañero de aventuras; con él exploré mundos imaginarios y viví innumerables historias.



Al tomarlo entre mis manos, una ola de emociones me envolvió. Sentí la suavidad familiar de su pelaje desgastado, mientras recordaba mi risa inocente y las sonrisas compartidas al jugar con él.



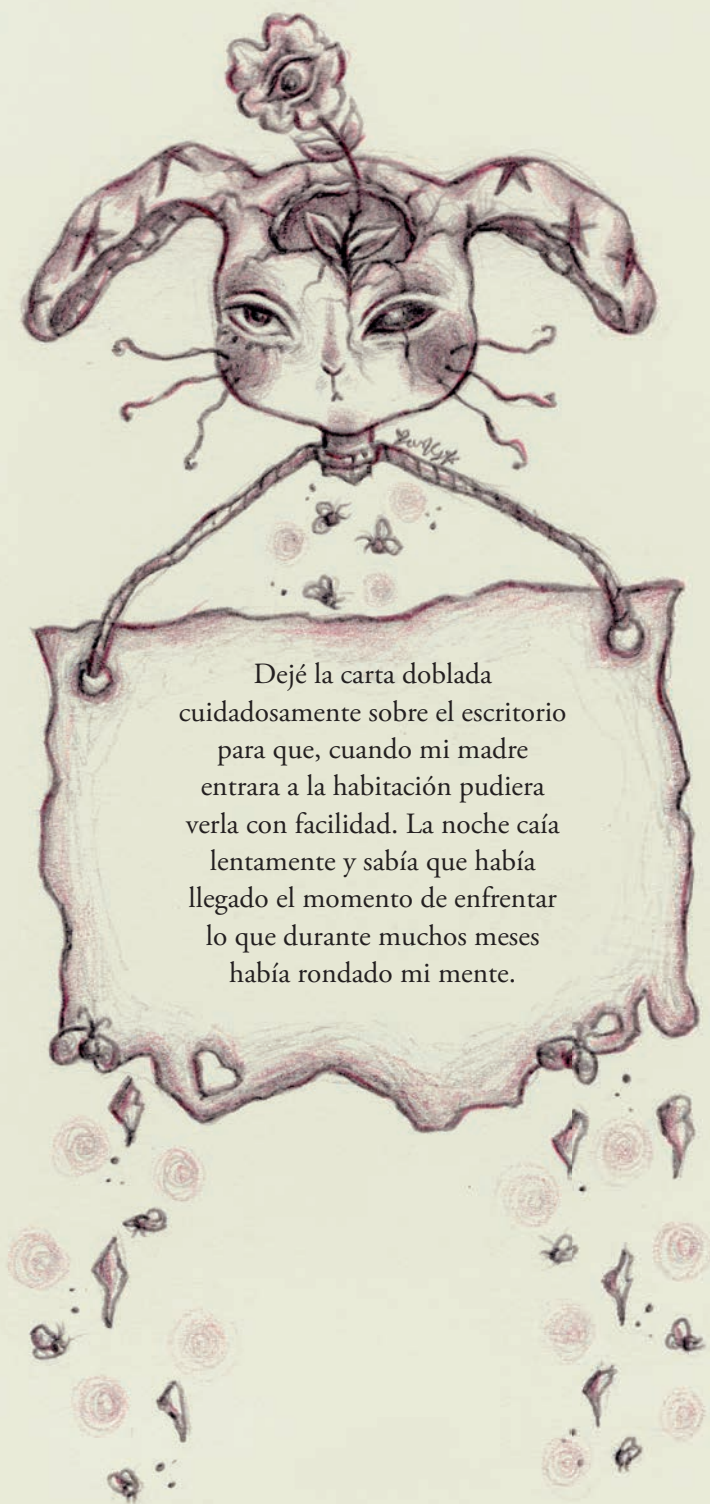
Aquel elefante no solo guardaba la ternura de mi infancia, sino también el amor incondicional que mis padres alguna vez me brindaron. Era el símbolo del lazo familiar que siempre llevaría conmigo.

Guardé el peluche con cariño y, llena de emociones encontradas, tomé una hoja del diario que siempre dejaba en mi mesita de noche y empecé a escribir todas las cosas que tenía por decir. Le expresé a mi madre cuánto la apreciaba, a pesar de las grietas que el tiempo había dibujado entre nosotras. Recordé los momentos de risas compartidas, las noches de consuelo y las tardes en las que su amor fue mi refugio. Pero también tuve el coraje de confrontar las sombras que se habían interpuesto entre nosotras: las palabras no dichas, los abrazos que nunca nos dimos y la tristeza que se había vuelto una constante en nuestra relación. En aquel trozo de papel le confesé mi amor profundo y sincero, y al mismo tiempo, le pedí perdón por la difícil decisión que estaba a punto de tomar.



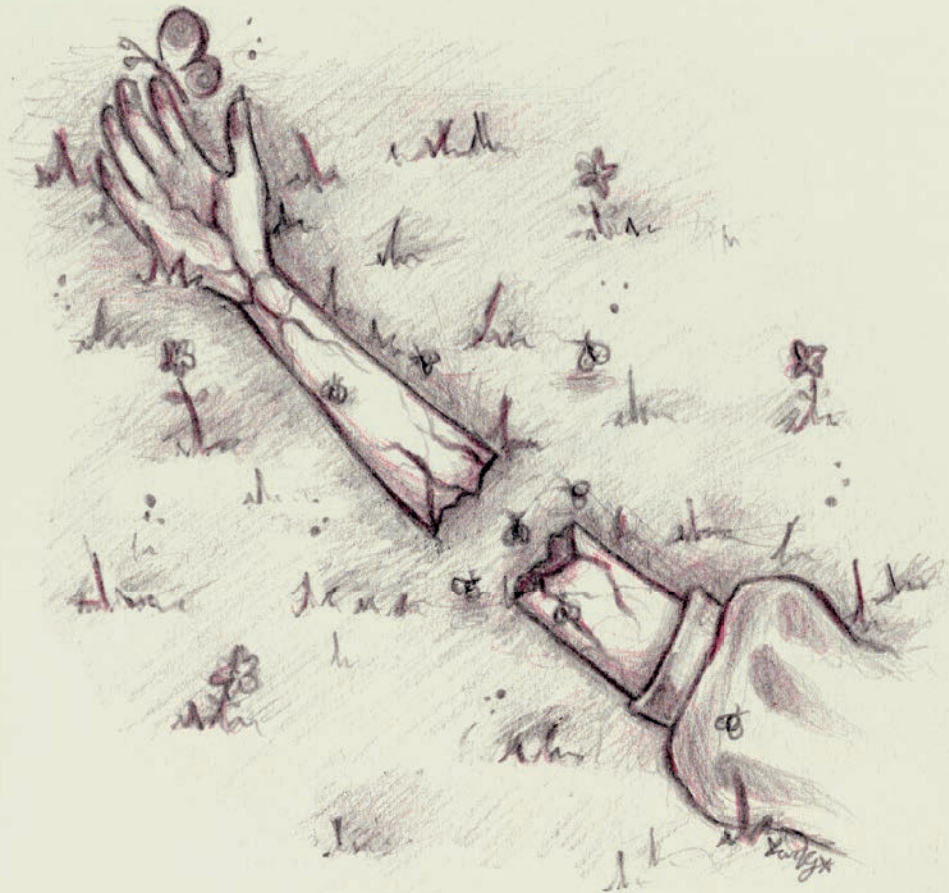


Quería que supiera que,
a pesar de todo, mi amor por ella
era genuino y que mi partida no era
un acto de abandono, sino más bien
una búsqueda desesperada de alivio
para el tormento que habitaba en
mi interior. Terminé la carta con
un nudo en la garganta, consciente
de que estas palabras podrían
ser la última conexión tangible
entre nosotras.



Dejé la carta doblada
cuidadosamente sobre el escritorio
para que, cuando mi madre
entrara a la habitación pudiera
verla con facilidad. La noche caía
lentamente y sabía que había
llegado el momento de enfrentar
lo que durante muchos meses
había rondado mi mente.

Del bolsillo de mi abrigo saqué las pequeñas pastillas que había comprado unas horas antes y en silencio me dirigí a la cocina. Con las manos temblorosas, tomé un vaso y serví agua. El sonido del líquido al chocar con el cristal rompía la quietud de la noche, y mis ojos se perdían en cada gota que parecía reflejar la turbulencia de mis pensamientos.





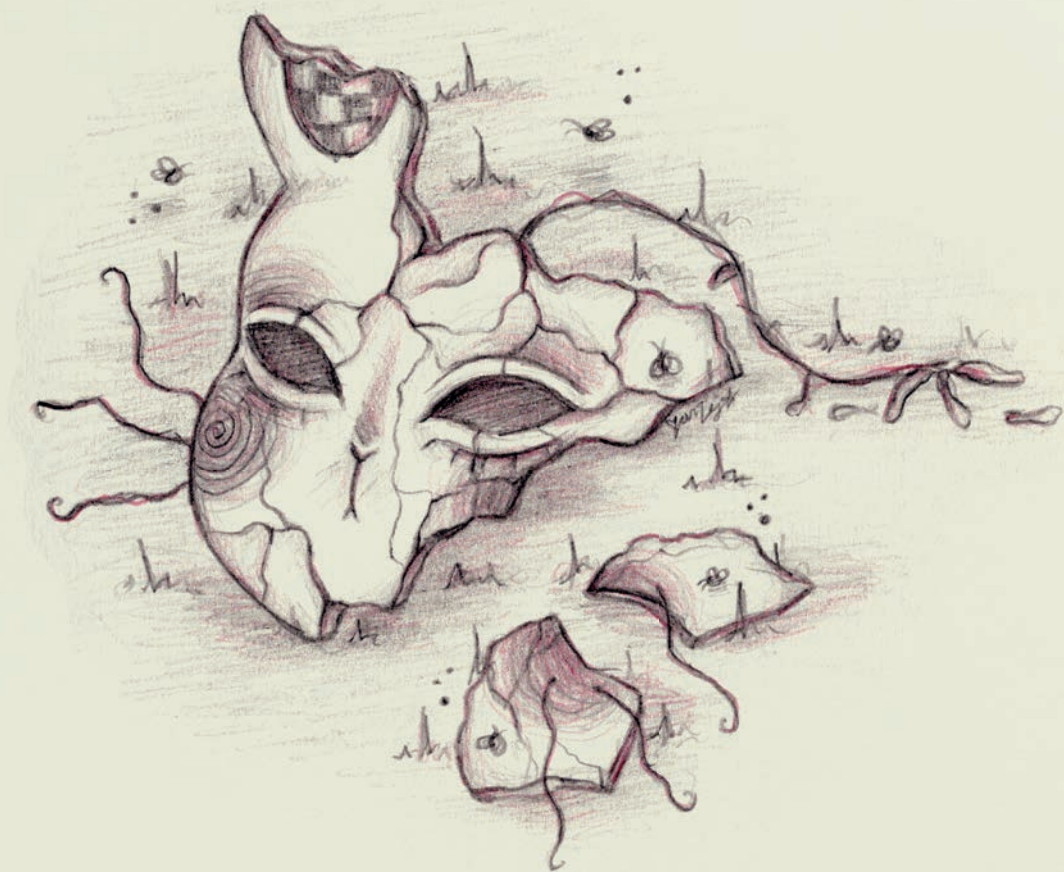
Regresé a mi habitación y me senté en la cama, que se convertía en el último refugio antes de enfrentar lo inevitable. La calma invadía mi ser mientras sostenía el vaso entre mis manos, cerré los ojos y el silencio se apoderó del espacio. Una brisa suave acarició mi rostro, como si el universo mismo quisiera darme un último abrazo antes de la despedida. Decidida, abrí la palma de mi mano y coloqué en ella las pastillas, listas para llevarme hacia lo desconocido. Con un sorbo de agua las tragué y solo esperé a que todo acabara.

Pocos minutos después, mi vida entera pasó ante mis ojos como una película rápida, como si el tiempo quisiera abarcar todo en un último parpadeo. Había momentos felices que brillaban, pero también se revelaban las sombras de las decisiones difíciles y los caminos sin explorar.



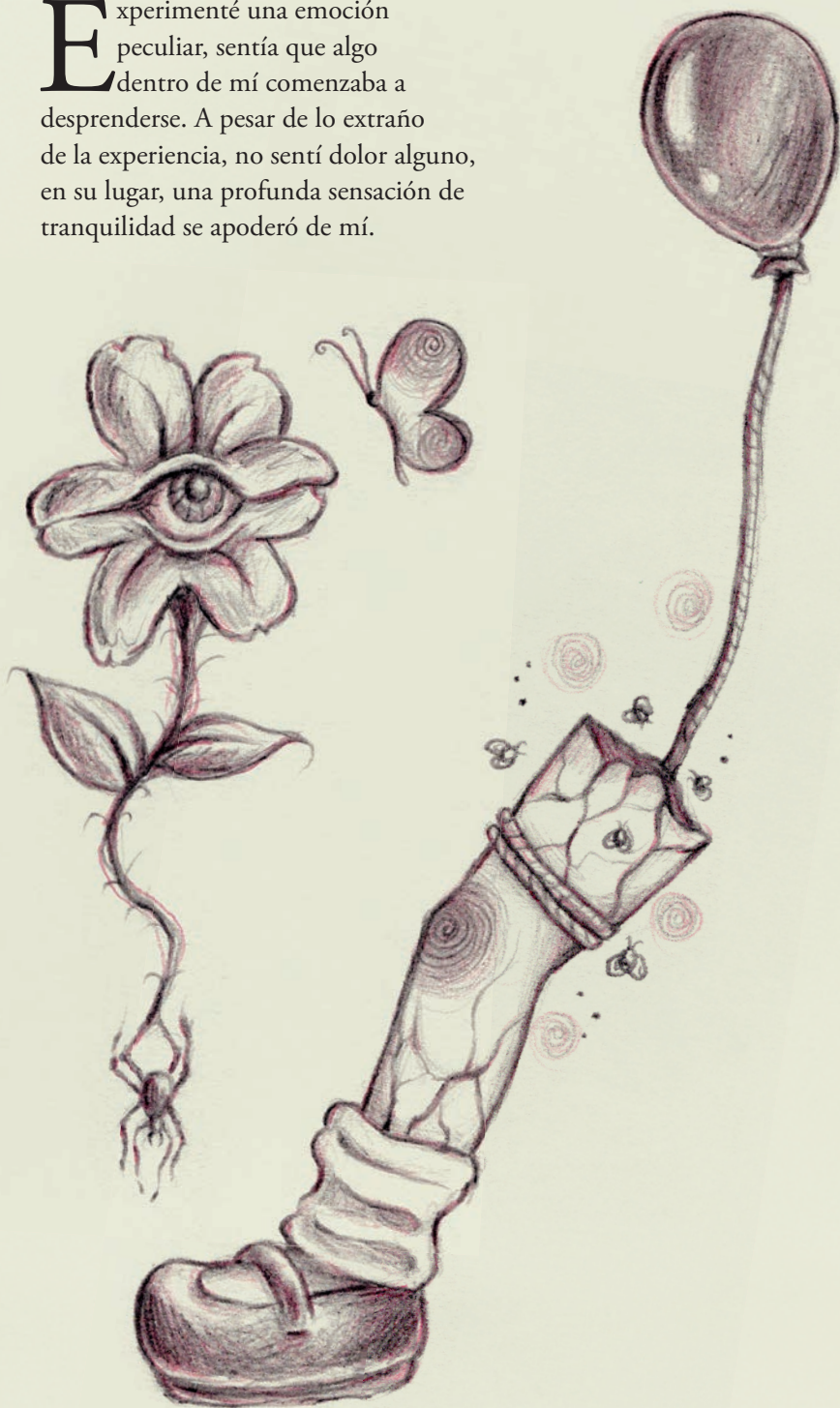


El rostro amoroso de mi madre, la complicidad en la mirada de amigos queridos, los lugares que marcaron capítulos importantes, todo contribuía a esa historia fugaz que resumía mi existencia. Aunque la tristeza intentaba opacar los recuerdos alegres, empecé a entender que cada experiencia, fuera buena o mala, contribuyó a formar mi vida. En medio de todos estos pensamientos, una sensación de aceptación comenzó a tomar forma y, en un suspiro, las imágenes se desvanecieron.



En el silencio que siguió, experimenté una nueva sensación, como si cada parte de mí estuviera impregnada de una energía fresca y revitalizante. Fue como si hubiera trascendido las barreras del tiempo y del espacio, como si al sumergirme en ese estado de serenidad se rompieran todas las ataduras que me sostenían.

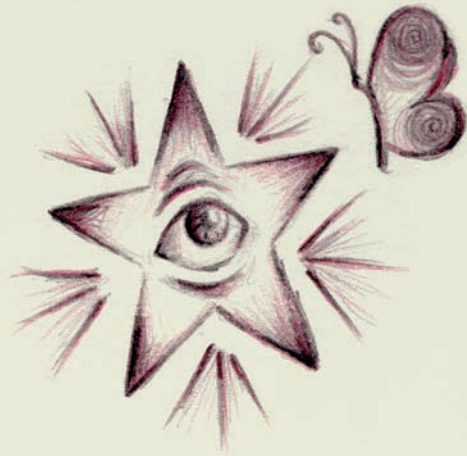
Experimenté una emoción peculiar, sentía que algo dentro de mí comenzaba a desprenderse. A pesar de lo extraño de la experiencia, no sentí dolor alguno, en su lugar, una profunda sensación de tranquilidad se apoderó de mí.



En un abrir y cerrar de ojos mi percepción cambió, y me vi a mí misma reposando sobre la cama; la sorpresa inicial me hizo temblar de miedo por un instante, hasta que mi padre, el hombre con el mechón blanco, tocó suavemente mi hombro y me envolvió en un cálido abrazo, un gesto que transmitía comprensión y amor.

En ese encuentro más allá de lo terrenal, encontré la paz que mi alma tanto anhelaba.





*Para aquellos que incansablemente buscaron la calma
que aquietaría el bullicio de sus mentes agotadas.*

MARIANA VALDERRAMA G.

Siento la presencia de aquel hombre que conocí en el parque, su mano reposa suavemente sobre mi hombro y su rostro se ilumina con una cálida sonrisa mientras juntos observamos mi cuerpo que permanece en la cama, en una posición relajada, como si todos los pesos que alguna vez cargué se hubieran desvanecido.

